

For a long time to come, the Germans are going to have to face the legacy of their last attempt to dominate other nations.

But there is another Germany – the Germany of high aspirations. It does truly exist, and it must be welcomed wholeheartedly in the hope that one day its permanent domination over the country will be unquestioned by any fair-minded person. In short, the time has come to look the worst in the eye but to hope for the best.

The New York Times Magazine,
6th May 1990

Extractos del artículo »Uneasy about the Germans« con Arthur Miller

Aceptan los alemanes la responsabilidad de los crímenes de la época nazi? ¿Es su arrepentimiento tan sincero como para poder creerles que nunca más repetirán el pasado? El que esté preocupado con la unificación de Alemania, se plantea en general esta y otras preguntas similares. A mi me preocupa un misterio más profundo: la idea de la «nationhood» en la mente y en el alma de los alemanes.

Nadie puede presumir de poder predecir qué camino tomará un país. El futuro de la democracia alemana es, pienso yo, un enigma tanto para los alemanes, también para todos los que deliran en contra de la unificación, como para el resto del mundo. ¿Se implantó el despertar del orgulloso sentido democrático en las mentes de los ciudadanos de la República Federal Alemana o es simplemente un sistema de conveniencia histórica inventado por los extranjeros? Este sistema ha contribuido, con toda seguridad, a la formación del grado de bienestar, no conocido antes en la nación. Con

todo, el interrogante es hoy ¿hasta dónde llegan sus preceptos democráticos, si son sagrados y si pueden sobrevivir a los tiempos difíciles?

A menudo he tenido la impresión de que los alemanes tienen un comportamiento aparente hacia su tipo de sociedad. Si se tiene en cuenta el aura, – o la mancha –, de culpa y resentimiento que oscurece las conversaciones con extranjeros, especialmente con judíos liberales como yo, la verdadera realidad del estado alemán parece no haberse determinado todavía por completo en sus mentes. Yo, por ejemplo, nunca he tenido el sentimiento de que los alemanes estén poseídos de un sentido trascendental, de una sensación sublime, hacia la República Federal, tampoco todos aquellos que ven en el sistema un triunfo de la conciencia que se levanta sobre las ruinas de la guerra.

Resumiendo, el barco de la nación parece desplazarse con facilidad por entre las conciencias alemanas, sin mucho calado. Esta impresión también puede haber surgido en mí, dado que en el caso de los alemanes, ellos mismos se disculpan indirectamente, lo que para algunos resulta una manera disimulada de fanfarronear, confiados en el increíble éxito de la economía alemana.

Naturalmente, para los extranjeros, el Holocausto y las agresiones militares de Hitler suponen la más perfecta expresión del fracaso de una sociedad burguesa alemana. Aún así, me he preguntado con frecuencia, – la actitud acusadora de los extranjeros expuesta de una vez sobre este asunto –, si otra experiencia histórica, menos evidente, no hubiera motivado un malestar más fuerte, una experiencia exclusivamente alemana.

El mundo, creo yo, no tiene otra

alternativa que apoyar la parte positiva y dar la mano a una Alemania democrática. Si se le da el reconocimiento que se merece, entonces se puede fortalecer la democracia alemana. Por el contrario, la desconfianza permanente podría ahogar la esperanza en su esencia.

A nadie ayuda el recordarles a los alemanes las horribles estadísticas si con ello sólo se pretende satisfacer un impulso vengativo. Pero, en ningún caso se puede olvidar, adónde puede llegar la sed de sangre nacionalista, para que ello no suceda nunca más.

Al mismo tiempo hay que comprender el resentimiento alemán motivado por esos recuerdos. Nadie puede vivir en un perpetuo estado de arrepentimiento sin resentimiento. La medida y la profundidad de degeneración humana de los nazis no tienen equivalente en nuestros días; aunque cada país conoce lo que significa arrepentimiento, lo ha vivido en diferente medida y con ello ha pagado por la represión de otros. ¿Qué sucedería si cada nación reconociera sus atrocidades y sus culpas abiertamente? ¿Estaríamos, de verdad, dispuestos a creer en su remordimiento de conciencia? Y si el arrepentimiento de los culpables es una penitencia, que sobrevive a las vejaciones, no levanta a los muertos de sus tumbas. ¿No es por ello mucho más importante que los descendientes de los perseguidores muestren algo más que compunción, es decir, responsabilidad política?

¿Qué me aporta a mí que un nazi diga, que lo siente? A mí me interesa saber qué precauciones están previstas en la Constitución y en el sistema educativo en Alemania para defender la democracia de posibles dificultades en circunstancias futuras. Esto es lo importante para mí y para mis hijos. Igualmente impor-

tante es, que la democracia viva no sólo dentro de las instituciones, sino también en el corazón de los alemanes. Pero, sinceramente, ¿cómo podemos saberlo excepto cuando las crisis son resueltas dentro del espíritu democrático?

El mundo tiene derecho a reprochar, criticar y a demandar a los alemanes en el caso de que vuelvan a sus deplorables costumbres. Los muertos de la II Guerra Mundial han dado al mundo este derecho. Todavía durante un periodo largo tendrán tiempo los alemanes para desempeñar la herencia de su último intento de dominar otras naciones.

Pero también hay otra Alemania, la de los objetivos generosos. Existe realmente, y debe de ser recibida con los brazos abiertos, con la esperanza de que un día se convierta en dominante permanentemente. Resumiendo, ha llegado el momento de contar con lo peor y, a pesar de todo, de esperar lo mejor.

The New York Times Magazine
6 Mayo 1990

